

DOSSIER

La urgencia de interrogar lo técnico Presentación del dossier «Técnica, política y ciencias sociales»

Martín Aulestia

Universidad Central del Ecuador (Ecuador)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4219-4408>

Andrés Osorio

Universidad Central del Ecuador (Ecuador)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6890-6234>

Rafael Polo

Universidad Central del Ecuador (Ecuador)
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6008-7692>

DOI: <https://doi.org/10.29166/csociales.vli44.4326>

Querriamos mostrar que la cultura ignora en la realidad técnica una realidad humana y que, para cumplir su rol completo, la cultura debe incorporar los seres técnicos bajo la forma de conocimiento y de sentido de los valores.

Gilbert Simondon

A inicios de la modernidad la llamada «revolución científica», aquel hecho planetario acicateado por Copérnico, Galileo, Kepler y Newton no supuso solo una ruptura en la comprensión del funcionamiento del cosmos, sino que vino aparejada de una auténtica transformación en la actitud básica del ser humano respecto del mundo. La astronomía fue pieza fundamental en la preparación del terreno sobre el que se desplegaría la transformación técnica que caracterizó a la modernidad desde el siglo XVI, pues contribuyó a constituir una imagen del mundo despersonalizada, en la que los intereses mecánicos adquirirían prioridad, lo cual se

expresó fundamentalmente en los conceptos de conocimiento objetivo y ley natural.

Como sostiene Lewis Mumford en *El mito de la máquina*, esta imagen antes que ser producida por los técnicos fue obra de científicos y matemáticos, quienes, a través de la descripción sistemática del espacio, el tiempo, el movimiento, la masa y la gravitación hicieron posible un salto decisivo en términos tecnológicos. El mundo técnico moderno no fue tan solo el resultado de invenciones particulares, sino que su singularidad requirió de toda una cosmovisión, de una nueva representación del mundo que se fue generalizando en el pasaje desde los talleres artesanales hacia los laboratorios de investigación. Esta imagen del mundo fue configurándose a medida que iba adquiriendo centralidad epistemológica la expresión matemática de la realidad, que ahora debía ser descrita con exactitud, objetividad y certidumbre. La geometrización y matematización del espacio delineó un nuevo esquematismo del universo, como si se tratase

de un ensamblaje mecánico, proceso correlativo a una nueva forma de percibir al cuerpo humano también como una máquina, una máquina altamente compleja en el mejor de los casos.

Desde el «universo máquina» planteado en el *De revolutionibus orbium coelestium* de Copérnico, hasta el «hombre fábrica» presentado por Andrés Vesalio en el *De humanis corporis fabrica*, la modernidad porta un ideario cultural, en el cual la confianza por los engranajes sobrepasa al solo hecho técnico; implica más bien la necesidad de la interpenetración de una serie de supuestos científicos novedosos con formas específicas de representación y dominio de lo real.

Ahora bien, con Heidegger podemos sostener que preguntar por la modernidad es preguntar por la técnica moderna y, a su vez, preguntarse por la técnica moderna no puede hoy dejar de suponer la cuestión de la ciencia y su participación en los procesos de racionalización del mundo, cualidad característica precisamente de la Edad Moderna de acuerdo con el diagnóstico weberiano. Una vez que el espíritu del capitalismo consigue independizarse de su primitivo fundamento religioso —sugiere Weber—, adquiere una fundamentación autónoma en la base estrictamente técnico-científica de organización de lo económico, convirtiéndose lo humano, entonces, en una «máquina de ganar».

No hay modernidad, pues, sin la transformación científica que produce el desplazamiento desde el cosmos a la noción del «universo», y sin la generalización de lo técnico y tecnológico en la totalidad de las dimensiones de la vida económica-social; la modernidad equivale así a tecnificación progresiva de lo social y, paradójicamente, de lo tecnológico mismo. La técnica ha de verse entonces no como un suplemento del que se valen la modernidad y el capitalismo, sino como su fundamento. Tanto si consideramos *El hombre y la técnica* de Oswald

Spengler, donde la técnica se define en su relación a la «táctica», como articulación de medios y fines, cuanto si seguimos el planteamiento de *Técnica y civilización* de Lewis Mumford, que decanta en una intuición más bien maquinista, la modernidad sería el despliegue de específicos métodos orientados al perfilamiento de las relaciones humanas, para empatarlas con el desarrollo de máquinas sinérgicamente engarzadas. La modernidad deviene entonces en un dispositivo que produce modalidades procedimentales como formas específicas de producción de la vida social y de los sujetos, modos de ser conducidos y operadores activos de un sistema de racionalización de los comportamientos que van atados a la siempre cambiante facticidad tecnológica.

La invención y utilización de un instrumento técnico como el telescopio fue importante para que la bóveda celeste se trice, perdiendo así sus cualidades celestiales, permitiendo que el cosmos deje su lugar al universo y la mirada abarque dimensiones completamente inéditas. La astronomía moderna se levanta sobre la instrumentación óptica moderna, y esta, a su vez, sobre las ruinas de la metafísica aristotélica. La modernidad astronómica descubierta en y por el telescopio revela una realidad cambiante y en movimiento, donde las mismas leyes naturales gobiernan las dimensiones que otra, en el esquematismo aristotélico, fueron los mundos supra y sublunar. Para la modernidad es una misma sábana racional la que cobija todos los fenómenos físicos y sociales, es decir, una realidad armónicamente regida por leyes naturales que devienen en partes articuladas y mecanizadas, ante las cuales la observación del sujeto científico pretenderá desentrañar sus lógicas. De ahí que la modernidad construya una representación y produzca de hecho un mundo mecanizado. Cabe decir, parafraseando a Heidegger en

La época de la imagen del mundo, que tanto la ciencia como la técnica moderna, asociadas, sin por ello difuminarse la una en la otra, son elementos fundamentales para comprender la formación de la imagen moderna del mundo, o más bien, la perfilación moderna del mundo como imagen, como objeto de dominio racional. La ciencia deviene así en dispositivo de la representación legítima del mundo.

Ahora bien, si esta imagen del mundo produce una comprensión según la cual la condición ontológica de los seres es directamente proporcional a la susceptibilidad que tienen de ser comprendidos de modo puro, matemático y abstracto, un elemento decisivo, relacionado con esta comprensión, es la emergencia y despliegue del capitalismo a lo largo de la modernidad. Mumford mostró en *Técnica y civilización* cómo el desarrollo del capitalismo trajo consigo nuevos hábitos de abstracción e incorporó la lógica del cálculo a la vida cotidiana de los habitantes de las modernas ciudades por medio de la generalización de la lógica del intercambio mercantil. A su vez, el despliegue del capitalismo requirió de la implementación de máquinas cuyo funcionamiento autónomo a partir del agua, aire, carbón o electricidad dotaban al sistema social y económico de una dinámica tendiente a la explotación cada vez más profunda del trabajo y la «naturaleza».

Como señala Bolívar Echeverría en *Las ilusiones de la modernidad*, el fundamento de la modernidad se encuentra en la consolidación indetenible de un «cambio tecnológico» que afecta la raíz de las múltiples civilizaciones humanas, empujándolas hacia el actual mundo tecnificado y tecnocrático. Así es que la modernidad deviene en dispositivo productor de modalidades procedimentales (dispositivos, tecnologías y campos de poder) como formas específicas de configuración de la vida social y subjetiva, además de una experiencia

cultural soportada en la incesante producción de innovaciones tecnológicas. El despliegue de lógicas técnico-sociales y mecanismos de organización conductual está en el fundamento mismo del modo de producción capitalista; nada se entendería si no se cuestiona a la par el despliegue técnico-tecnológico que hace parte también del fundamento del mundo moderno. Es indispensable investigar, pensar y reflexionar en el amplísimo marco que nos abren las técnicas de gobierno y de lucha, de dominación y resistencia; así como las diferencias socioculturales que resultan del uso de tecnologías de madera, hierro o materiales sintéticos, como el plástico y la silicona.

Herbert Marcuse había señalado ya en *El hombre unidimensional* que las formas de control social son cada vez más específicamente tecnológicas, pues las categorías que operan en el mundo cotidiano no se reducen ya a ser solamente culturales o económicas; hay un predominio creciente de las categorías tecnológicas, por lo que el orden de los objetos técnicos se convierte en el lenguaje habitual de la intersubjetividad. A través de la diferenciación entre el «mundo pretecnológico» y el «mundo tecnológico», Marcuse desentraña los mecanismos de dominación adheridos a las tecnologías. Mientras en el mundo pretecnológico el fundamento de la dominación era la dependencia personal, en el mundo tecnológico la dominación se da sobre todo como dependencia del individuo respecto del orden objetivo de las cosas tecnológicas. Y ese orden objetivo no puede comprenderse sin entender que lo técnico es hoy un *a priori* histórico para la organización de las relaciones sociales. Lo técnico tiene evidentes consecuencias políticas y la interrogación de lo político no puede prescindir hoy de una reflexión sobre lo técnico. La dimensión política de la técnica se evidencia mejor apuntando hacia la que quizás sea la gran utopía, acaso ya realizable, de la modernidad: el gobierno técnico del mundo y de la vida.

El planteamiento de Oswald Spengler sobre la técnica como táctica vital permite leer a la modernidad como un conjunto de despliegues procedimentales, de luchas y enfrentamientos que pretenden dominar la vida bajo determinados esquemas que otrora no existían. Por ello, también se puede leer la función de la técnica en la modernidad en clave de las técnicas de poder, cada una de las cuales despliega esquemas específicos de dominio sobre la vida, así como ciertas variables tácticas para producir una configuración particular de mundo. Michel Foucault señaló en *Seguridad, territorio y población* la importancia de desplegar una «historia de las tecnologías de poder» en lugar de formular una teoría del poder. La biopolítica, alimentada por el régimen de saber biológico del siglo XIX, conlleva una cierta forma de gobierno técnico y racional de las poblaciones y los individuos, un control y manejo de la vida y la muerte que hace posible situarlas en el andarivel de la productividad social y económica. No obstante, las particulares configuraciones contemporáneas exigen comprender lo biopolítico a partir de otras lógicas, afines, por ejemplo, a la biología genética y molecular. Ya no estamos en un mundo cuya cualidad técnica decisiva se condense en la figura del reloj mecánico y la secuenciación de los ritmos sociales asociados al disciplinamiento de los comportamientos para ponerlos acorde con la cadena de producción fabril, sino en el mundo de la decodificación molecular del ADN y el sinnúmero de variables tecnobiológicas asociadas a las cirugías estéticas, la nanotecnología, los implantes de microchips, la farmacología, entre otras.

Pero las cosas no se agotan de este modo. Como señala Éric Sadin, hoy se vuelve también necesario desentrañar la función y estructura técnica detrás del *smarthphone*, aparato que sintetiza el hiperacelerado ritmo del capitalismo tardío. Debemos reflexionar además sobre el papel que juegan hoy, como factores

sociopolíticos, los algoritmos, los diversos tipos de sistemas de control a distancia y conceptos como el de «tiempo real». La gubernamentalidad algorítmica, según Rouvroy y Berns, implica un modo de gobierno diseminado que atraviesa cada forma de intercambio, sometiéndolos a la lógica de la «red», de las redes. El manejo automatizado del mundo y la delegación cada vez más recurrente de las decisiones a los cálculos estadísticos de los algoritmos, así como la intensificación creciente de la implicación que los sujetos tienen con lo informático y digital, configuran un complejo paisaje que requiere seguir siendo interrogado.

Los textos que presentamos a lo largo de las siguientes páginas muestran que el problema de la técnica es múltiple, dotado de distintas temporalidades e interrogable desde diversas estrategias teóricas y conceptuales. Pero si algo subyace a todos estos artículos, de modo más o menos explícito, es la decisiva cuestión sobre quién, qué y cómo se gobierna el mundo contemporáneo. La respuesta a estas interrogantes ya no pueden eludir el abordaje de la administración técnica de la vida y la regulación tecnocientífica de los comportamientos basada en las predicciones algorítmicas y matemáticas. El capitalismo contemporáneo no puede pensarse, como se lee en varios de los artículos, por fuera de la programación técnica de los procesos productivos, las formas de reproducción social que están hoy condicionadas por los continuos estudios de mercado, valoración de las percepciones generadas, medición de las emociones y expectativas y, en fin, sin comprender la centralidad que tiene hoy el *big data* para el funcionamiento de la economía. Todo esto desata una serie de cuestiones políticas y éticas que aparecen tratadas en los artículos que conforman este nuevo número de la revista *Ciencias Sociales*.

Desde la descripción de las tecnologías de la subsunción que caracterizan al capita-

lismo, pasando por varias puestas a prueba de la vigencia que tiene la filosofía de la técnica para comprender, tanto el nacimiento de la modernidad como la conformación de su cultura particular, hasta reflexiones relativas a la «miseria simbólica» producida por la forma particular del «habitar» contemporáneo y las posibilidades de resistir a las normalizaciones producidas por la diversidad de dispositivos técnicos desde la inexorable alteridad cons-

titutiva de lo humano, quien lea los trabajos que componen este dossier se encontrará con significativas contribuciones para la discusión y comprensión de la técnica y la tecnología, de sus dimensiones e implicaciones políticas, económicas, psíquicas y culturales, demostrando así la importancia invaluable que tienen las ciencias sociales y la filosofía para la inteligibilidad del presente.

Martín Aulestia Calero
Andrés Osorio
Rafael Polo

Referencias

- Echeverría, B. (1997). *Las ilusiones de la modernidad*. UNAM/El Equilibrista.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2010). La época de la imagen del mundo. En *Caminos del bosque* (pp. 63-90). Alianza Editorial.
- Koyré, A. (1999). La nueva astronomía y la nueva metafísica (N. Copérnico, Th. Digges, G. Bruno y W. Gilbert). En *Del mundo cerrado al universo infinito* (pp. 31-60). Siglo XXI.
- Marcuse, H. (2016). *El hombre unidimensional*. Austral/Ariel.
- Marx, K. (1979). *El capital. Crítica de la economía política* (t. I, vol. II). Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (1970). *Manifiesto del partido comunista*. Grijalbo.
- Mumford, L. (1955). *Technics and civilization*. Routledge & Kegan Paul Ltd.
- Mumford, L. (2011). *El pentágono del poder. El mito de la máquina (dos)*. Pepitas de calabaza ed.
- Rouvroy, A. y Berns, T. (2018). Gobernabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿lo dispar como condición de individuación mediante la relación? *Ecuador Debate*, (104), 124-147. CAAP.
- Sadin É. (2017). *La humanidad aumentada*. Caja Negra.
- Splengler, O. (1931). *El hombre y la técnica*. Espasa.
- Weber, M. (2016). *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*. Alianza.

